

Balcanes, la falla de Europa

Josep Palau

Espacio de tránsito y de asentamiento de numerosas corrientes migratorias, punto de encuentro de las grandes civilizaciones que hicieron la Europa medieval, allí donde se mezclan y enfrentan tres religiones con su filosofía y sus modos de vida diferenciados, zona de demarcación, cuando no de disputa, entre grandes imperios, mosaico lingüístico enrevesado... la península balcánica constituye una región europea tan compleja políticamente como apasionante desde un punto de vista antropológico.

Sus características especiales no son únicas, pues en otros lugares como el Cáucaso podemos encontrar similar combinación de factores, no siendo casual que presenciamos tragedias parecidas. Su situación geoes-tratégica le impiden ser un factor marginal en Europa. Al extenderse desde las estribaciones alpinas al Bósforo y desde el Mediterráneo central a las fronteras de Ucrania, en un territorio sólo ligeramente mayor a la península Ibérica, incluye países miembros de la Comunidad Europea (Grecia); es frontera con otros Estados miembros de la CE (Italia) o que están a punto de serlo (Austria); suscita sensibilidades históricas y sentimientos de fraternidad en Alemania, en Rusia y en Turquía; levanta pasiones en casi toda Europa y en el mundo islámico e indiferencia en ninguna parte. Ni siquiera la guerra fría logró homologar los Balcanes con el resto de Europa: los únicos miembros de la OTAN en estado de guerra entre sí han sido países balcánicos (Grecia y Turquía); la única insubordinación con éxito a Stalin en los países comunistas ocurrió en los Balcanes (Tito); el único país europeo expresamente no-alineado fue Yugoslavia, mientras que también la región produjo el único caso de maoísmo no-asiático y de hiperaislamiento en décadas (Albania).

La complejidad política de la región, imbuida de todos esos factores, tiene sin embargo una explicación sencilla. Ningún grupo étnico o nación reúne las condiciones, y sobre todo las dimensiones, para ser claramente el vertebrador hegemónico, sin que a la vez varios de ellos estén tan lejos

Josep Palau es periodista, miembro de la Presidencial de Helsinki Citizens' Assembly.

de ese objetivo para no intentarlo. Así, es difícil cubrir con estabilidad el vacío político dejado por el hundimiento de los imperios multinacionales austro-húngaro y otomano. Los Estados nacionales contemporáneos de más solera en la región son tan antiguos como los Estados iberoamericanos; el resto son creaciones de este siglo, por no hablar de los de la década de los noventa. La etnografía, nunca favorecedora del ideal nacionalista que identifica nación-etnia-territorio-Estado, crea en los Balcanes especiales dificultades de legitimación a los nuevos Estados nacionales, relativamente pequeños pero tan en el punto de mira de potencias extranjeras. Las dificultades de legitimación de cada Estado candidato a nación están determinadas por el conflicto con minorías que suelen corresponderse con la etnia titular de un Estado vecino, lo que dispara las desconfianzas, las incomunicaciones, la enemistad entre los Estados y la tendencia a las alianzas negativas (contra alguien). Vemos renacer en los Balcanes fenómenos que llevaron a Ortega y Gasset a escribir en *La rebelión de las masas*: “Es lamentable el espectáculo que hoy en día ofrecen las naciones europeas menores de edad (...), las naciones y nacioncitas tienen que andar dando saltos, gastar bromas, encapricharse o estirarse y pavonearse y presumir de personas adultas que tienen en sus manos las riendas de su propio destino. De ahí los ‘nacionalismos’ que surgen en todas partes como hongos”.

Como consecuencia de todo ello, se ha desarrollado un instinto político común a toda la región balcánica y que consiste en sobrevalorar lejanos apoyos que se parezcan a protección por parte de alguna potencia como base de la seguridad propia, a la vez que en menospreciar el entendimiento y la cooperación con el vecino, siempre visto con mezcla de temor y desprecio. Cuando esa búsqueda de “protectores” se combina con el influjo “clientelista” en dirección contraria, la espiral de conflicto está servida, ya que todos tienden a reproducir competitivamente el mismo esquema. Así, conflictos locales se convierten con demasiada facilidad en conflictos generales, tensiones de ámbito menor se enconan al proyectarse hacia espacios superiores. La negociación y el compromiso se rechazan olímpicamente porque siempre hay instancias mayores de las que recabar sostén. Parece lógico pensar que es a esa dinámica de *hiperinternacionalización* de los conflictos a la que se refería H. Seatton Watson al señalar que “los pueblos balcánicos producen más historia de la que pueden consumir” (*Historia de los Balcanes*, 1924).

El espacio yugoslavo

Veamos, por ejemplo, la crisis yugoslava. Lo que en su origen no era sino una disputa de poder entre élites nacionales en la Liga Comunista Yugoslava (PC) se va enconando y magnificando sin apenas ensayo de transacción, precisamente por la influencia de factores históricos e internacionales. La base de la estabilidad de la región balcánica durante toda la confrontación Este-Oeste residió en el no-alineamiento de Yugoslavia, que

Tito convirtió en un factor de cohesión interna. Excepto para Stalin en sus momentos de mayor soberbia, el amortiguador de la neutralidad yugoslava fue generalmente aceptado a ambos lados de la guerra fría, desestimándose romperla ya fuera en una dirección u otra. Desaparecida la tensión bipolar como consecuencia del hundimiento del sistema comunista, se desvanece aquel factor aglutinante, y se desencadena una combinación catastrófica de fuerzas centrífugas internas y de influencias externas competitivas en función de tradiciones seculares.

La tesis que se pretende explicar en estas páginas es que el retorno no regulado al juego tradicional de potencias que pugnan por espacios propios de influencia en la región balcánica constituiría el alimento de una desestabilización permanente. Por el contrario, la región balcánica puede recuperar paz y estabilidad sólo sobre la base de un *concierto armónico* de las potencias internacionales interesadas, fundamentalmente las de la Unión Europea, más Estados Unidos y Rusia. El título "La falla de Europa" es un símil geológico con el que se pretende expresar gráficamente la situación de una zona delicada que sólo se mantiene estable si se equilibran y neutralizan entre sí diferentes fuerzas confluyentes. Las siguientes páginas se desarrollan repasando los conflictos potenciales en toda la región, describiendo las percepciones de cada actor.

Empezando por el Noroeste, la alpina y relajante Eslovenia no se libra de incertidumbre alguna, aunque en un grado tan liviano que su conversión en conflicto violento está excluido, salvo catástrofe general. Algunos sectores italianos de opinión, pertenecientes a la derecha más conservadora o a los neo-regionalismos del Norte, reclaman la "italianidad" de enclaves como Koper (Capo d'Istria), alegando que en su momento Italia hizo cesión de soberanía a una entidad (Yugoslavia) que ya no existe. Ese argumento, que los mencionados italianos hacen extensivo a regiones istrianas y dálmatas de Croacia, es similar al que el nacionalismo húngaro emplea en relación tanto a la ex Yugoslavia como a la ex Checoslovaquia. Por otra parte, Eslovenia mantiene reivindicaciones fronterizas con Croacia en el golfo de Piran y en las colinas Sveti Gare sin que el desacuerdo haya producido más incidente que la amenaza eslovena de cierre de fronteras en un intento de aprovechar la coyuntural debilidad croata para obtener las concesiones deseadas. No obstante, no cabe ninguna duda que el nacionalismo esloveno es un ganador nato de la crisis yugoslava. Ha obtenido el Estado reconocido que propugnaba sin apenas coste propio, aunque persisten dudas sobre el futuro económico de una Eslovenia que debe pasar de ser la parte más avanzada de una Yugoslavia desequilibrada a su favor a una pequeña entidad retrasada respecto de sus vecinos ricos.

No vamos aquí a extendernos en Croacia, Serbia, Montenegro y Bosnia-Herzegovina, cuyos conflictos son más conocidos. Corresponde, no obstante, señalar que la guerra que hemos visto desarrollarse con tanta crueldad a lo largo ya de tres años (en agosto de 1991 empezó en Krajina y Eslavonia) consiste sustancialmente en la fijación violenta de fronteras entre los nuevos Estados serbio y croata, siendo ambos el producto central resultante de la desintegración desordenada de la multiétnica Yugos-

lavia. Las dos nuevas soberanías en colisión encuentran en el espacio de Bosnia y Herzegovina un tercero en discordia, los musulmanes de lengua serbo-croata, herederos de la dominación otomana, quienes en la Yugoslavia titista habían desarrollado conciencia nacional y gozado de poder político en grado suficiente para resistirse a la absorción subordinada por parte de las otras dos soberanías.

Sin divorcio sangriento entre serbios y croatas no hubiera habido prácticamente guerra en el espacio yugoslavo, ya que los otros problemas no tenían dimensión de *casus belli* por sí solos. Consiguientemente, parece razonable pensar que la reconciliación serbo-croata es un factor estabilizador por excelencia, lo que no quiere decir que sea fácil. Por su parte, la élite bosnio-musulmana ha adquirido la suficiente determinación interna y el suficiente grado de apoyo internacional para impedir que la reconciliación serbo-croata se haga a sus expensas: ese es el sentido que ha conducido a la prolongación de la guerra desde el rechazo en septiembre de 1993 del Plan Owen-Stoltenberg por parte de Sarajevo. Ahora bien, el ciclo de acontecimientos iniciado con la “matanza del mercado” de febrero de 1994 y que ha producido un nuevo cambio de alianzas formales con la firma en Washington del Proyecto de Confederación croata-musulmana ha mejorado la posición bosnio-musulmana pero sólo relativamente y sin que tenga fundamento la ilusión de revertir completamente el curso de la guerra. Baste pensar que el efecto final del ultimátum de la OTAN sobre Sarajevo, combinado con la presencia diplomática de Rusia sobre el terreno, ha sido la desmilitarización de la ciudad legalizando de hecho la partición de la misma. No hay un derrotado ni un vencedor claros en la crisis de Sarajevo de febrero, pero sí una acción coordinada de Rusia, Estados Unidos, la UE y la ONU. Seguramente ese patrón combinado de factores es el que haya de conducir, quizá pronto, a un armisticio y al fin de las hostilidades. La paz, es decir, la normalización completa de la vida y de las relaciones políticas a partir de la formación definitiva de un cierto número de entidades estatales que se reconocen mutuamente en un sistema pactado de fronteras, tardará bastante más tiempo en llegar, quizás alguna generación, porque requerirá de la reconstrucción de un consenso general y multilateral en todo el espacio yugoslavo.

No obstante, permanecen en todos los lados del conflicto fuerzas extremistas interesadas en ensayar formas de victoria total, lo que implicaría prolongar y hasta generalizar la guerra, opción no excluida completamente.

Kosovo y Macedonia

La cuestión más enconada y a la vez más delicada en toda la región balcánica es la de Kosovo, que enfrenta a serbios y albaneses. El nacionalismo serbio resurge en la década de los ochenta después de haber estado prácticamente inactivo desde 1945. Los nacionalistas serbios consideran que el nacionalismo albanés fue favorecido a sus expensas por un Tito que ambicionaba extender su poder a otras regiones balcánicas; denun-

cian que, durante décadas, la autonomía de Kosovo ha sido gobernada etnocéntricamente por los comunistas albaneses, empujando a cientos de miles de serbios a su emigración al Norte; y señalan con insistencia que la proporción entre ambas etnias era del 65-45 por cien en los años cincuenta, siendo una premeditada política de homogeneización étnica la que redujo los serbios a su proporción actual del 12 por cien. Los albaneses de Kosovo niegan haber practicado política alguna de discriminación antiserbia y alegan que los serbios que emigraban lo hacían respondiendo positivamente a las ofertas legales de compra de sus tierras sin que consiguientemente pueda hablarse de expulsión o *limpieza étnica*.

Con independencia de la proporción de verdad de cada percepción, es un hecho que ambas etnias pueden coexistir pero difícilmente convivir plenamente, no existiendo apenas matrimonios mixtos (lo que no ocurría entre serbios-croatas-bosnios con dos millones de matrimonios mixtos en 1985). A diferencia de la propia Albania, no hay cristianos, ni católicos ni ortodoxos, entre los albaneses de Kosovo. Los albaneses en general mantienen rasgos atávicos en sus formas de vida y relaciones sociales que les hacen refractarios a la mezcla étnica y difícilmente compatibles con sus vecinos, ya sean eslavos (serbios o macedonios), helénicos o italianos. Esos rasgos explican, por otra parte, cómo ha podido llegar hasta nuestros días una lengua y una cultura milenaria, al parecer la más antigua del Mediterráneo.

En términos políticos, el conflicto en curso está planteado así: las autoridades de Belgrado pretenden la implantación de la legalidad serbia en Kosovo desde la suspensión de la autonomía por la fuerza en 1987, incluyendo los programas educativos elaborados en Belgrado; admiten el uso y enseñanza de la lengua albanesa pero no un poder político o educativo albanés. Los dirigentes albaneses han desarrollado con éxito una resistencia pasiva; de manera masiva, escuelas, universidades y juzgados son boicoteados por la población albanesa que se convierte en usuaria de instituciones paralelas organizadas por los partidos albaneses. Las autoridades serbias exigen una declaración de lealtad al Estado para ocupar puestos públicos, siendo el resultado el despido general de la inmensa mayoría de albaneses. La lógica serbia es esperar el cansancio de unos albaneses a quienes no se les discrimina ni como ciudadanos ni por la lengua, sino que se les niega un sistema autonómico de poder. La lógica albanesa consiste en deteriorar el Estado serbio impuesto impidiendo su normalización y confiando en la unanimidad de su pueblo (hasta ahora sin pruebas al contrario). Lo cierto es que Serbia mantiene un costoso aparato policial para mantener el poder en una región pobre y de escaso significado estratégico. A largo plazo, es un caso perdido para Serbia, según coinciden los observadores más imparciales, existiendo indicios de que círculos gobernantes estarían ya estudiando fórmulas de abandono (*desengagement*) de la mayor parte del territorio kosovar. Existen conversaciones secretas desde hace tiempo, reactivadas a principios de 1994.

En cuanto a los riesgos de guerra, el férreo control territorial (que no social) del ejército yugoslavo sobre todo el territorio descarta el interés serbio en deslizar la guerra a Kosovo, siendo además la prioridad de Bel-

grado su normalización internacional tras un eventual tratado de paz en Bosnia-Herzegovina. El escenario bélico en Kosovo sería el de una insurrección armada albanesa con el objeto de expulsar al ejército serbio del territorio. Aunque existen fuertes corrientes extremistas que empujan en esa dirección, disponiendo además de depósitos de armas y una extensa retaguardia-santuario en Albania, el núcleo central de la dirección kosovar, encabezada por Ibrahim Rugova, no quiere esa vía. Durante 1993, los albaneses de Kosovo han vivido la expectativa de intervención internacional contra Serbia como la esperanza de un cambio radical a su favor. La disipación de esa posibilidad, junto a los reiterados pronunciamientos de la CE, la OTAN y la CSCE contra nuevos cambios de fronteras (la fusión Kosovo-Albania implicaría modificar las fronteras internacionales previas a la desintegración de Yugoslavia), producen efectos contradictorios: reafirman el argumento gradualista, pero también radicalizan exasperadamente a los extremistas (“ahora o nunca”). Parece prevalecer la prudencia, máxime cuando las señales internacionales son sólo ambiguas cuando les son favorables, pesando la amarga experiencia de Sarajevo para contar con algo más que las propias fuerzas.

El 8 de abril de 1993, la Asamblea General de la ONU admite un nuevo miembro con la denominación provisional de “República Ex Yugoslava de Macedonia” (o REY-Macedonia). Grecia acepta esa fórmula. La cuestión macedónica supera su crisis inicial aguda al situarse la República en una posición de reconocimiento en la práctica. Ello no quiere decir que esté definitivamente resuelta. Ningún Estado pequeño rodeado por Estados mayores sobrevive sin un claro consenso de éstos, no siendo así en este caso. La Macedonia ex yugoslava es sólo una parte de la Macedonia otomana que incluía regiones de las actuales Bulgaria, Grecia y Albania y se extendía hasta Salónica, territorios que el nacionalismo macedonio reivindica. La etnia titular, eslavo-macedónica, no es reconocida plenamente como nación más que por los albaneses. Los eslavo-macedónicos son ortodoxos y usan el alfabeto cirílico. Su lengua, una transición entre serbio y búlgaro, es considerada por los búlgaros como una simple variante dialectal de su propia lengua. Además, los búlgaros consideran que la nación macedónica no existe, ya que se trata de búlgaros occidentales, negando consiguientemente que exista minoría macedónica alguna en la propia Bulgaria. Los nacionalistas serbios consideran que la Macedonia ex yugoslava es Serbia del Sur, de acuerdo con lo establecido en la Primera Guerra mundial, aunque ese no es un gran sentimiento entre los serbios, generalmente dispuestos a reconocer la independencia macedónica sin entusiasmos. De hecho, el ejército yugoslavo se retiró sin incidentes de ese territorio, dejando a las autoridades de Skopje un cierto número de armas e instalaciones intactas.

Se subraya con frecuencia que la irritación griega ante la independencia macedónica tiene aspectos chovinistas asociados al helenismo histórico que se expresa también con rigidez hacia las propias minorías. Se explica menos cuánto influye la memoria de la guerra civil que asoló en 1945-1948 el norte griego y en la que rebeldes comunistas y la mayoría

de eslavos étnicos fueron aliados, lo que produjo en la Grecia monárquica y conservadora triunfante un virulento rechazo a Bulgaria y a Yugoslavia, mezcla de anticomunismo y nacionalismo. No debe olvidarse que esa frontera del norte de Grecia fue uno de los puntos calientes en el origen de la guerra fría (siendo Corea el otro). Los griegos recelan de un Estado eslavo-macedónico que los separe de Serbia, aliada natural, y que pueda en el futuro ser un factor de desestabilización en el norte de Grecia. El temor esencial griego es al aislamiento frente a Turquía, su adversario por más de 150 años. Pero la reacción de Atenas a la proclamación de la independencia macedónica en 1991 y 1992 ha sido contraproducente, ya que ha empujado a Skopje precisamente a abrazarlos apoyos que se ofrecían desde Ankara. Además, el clima internacional antiserbio determinado por los acontecimientos de Bosnia, y la previsión de la anunciada intervención internacional, invitaban al Gobierno de Skopje al entendimiento con las capitales de la región que parecían más apoyadas en Europa y especialmente en EE UU: Tirana, Sofía, Ankara. Pero, a lo largo de 1993, el presidente Gligorov ha introducido correcciones de equilibrio al evaporarse la posibilidad de guerra internacionalizada, al normalizarse positivamente la cuestión del reconocimiento y al agudizarse la tensión con la minoría albanesa, verdadero factor desestabilizador interno.

Los albaneses componen alrededor del treinta por cien de la población de la REY-Macedonia concentrándose en la capital y en las regiones occidentales y con los mismos problemas de convivencia que en Serbia. Aunque nunca gozaron de estatuto autonómico alguno, aspiran a un poder político propio similar al histórico de Kosovo. Expectantes y dudosos al inicio, los dirigentes albanomacedonios han pasado a la ofensiva reclamando abiertamente sus aspiraciones, cambios institucionales incluidos. El moderado equipo de ex comunistas reformistas de Gligorov, el que menos ha jugado la carta nacionalista de entre las élites ex yugoslavas, está interesado en evitar que la presión albanesa alimente el nacionalismo de sus rivales del VMRO (organización que también existe en Bulgaria); por ello, cree que no deber facilitar más concesiones a los albaneses alegando que gozan de todos los derechos, incluidos los lingüísticos, como ciudadanos de la República. Ese argumento es el mismo empleado en Belgrado para desestimar la autonomía de Kosovo, aunque la situación policial y anímica sea muy distinta en un caso y en otro. En suma, con lentitud y prudencia, Skopje ha dado pasos en 1993 hacia un equilibrio con Grecia y Serbia, sin excluir sus relaciones con Albania y Bulgaria, aunque disminuyendo un grado su intensidad.

Macedonia ha sido el escenario de sangrientos episodios en 1912, 1913, 1915, 1917 y 1941-1945. Bosnia, el otro gran teatro de las contiendas balcánicas, ha sucumbido de nuevo en 1992-1993. ¿Conseguirá Macedonia escaparse esta vez? No es casual que ambos territorios tengan esa fatal historia común. La explicación es geográficamente simple: el control de las montañas de Bosnia otorga superioridad estratégica en los Balcanes septentrionales; Macedonia es la llave de los Balcanes meridionales, sin la cual no es posible ni el tráfico Norte-Sur ni el Este-Oeste. La Yugoslavia titista garantizaba la comunicación Norte-Sur, Belgrado-Skopje-Atenas, mientras

de hecho bloqueaba la comunicación de Estambul al Adriático. Ese último corredor (Sofía-Skopje-Durres) era la aspiración preferida del difunto presidente turco Ozal en sus ofertas de cooperación económica y militar efectuadas simultáneamente a Albania, Bulgaria y REY-Macedonia. Aunque los entusiasmos balcánicos han disminuido en Ankara con el presidente Demirer, la aspiración a ese eje permanece. Es improbable que la República Ex Yugoslavia de Macedonia alcance una plena estabilidad mientras los dos ejes descritos se planteen como incompatibles, combinándose la presión regional de intereses contrapuestos con una frágil situación interna. A la vez, el decantamiento demasiado claro hacia una u otra opción estratégica aproxima su conversión en un *casus belli*. Se ha sugerido en algunos medios el ensayo de formas de compromiso basadas en una especie de neutralización de la República pactada por todos los vecinos; es decir, una REY-Macedonia íntegra pero desmilitarizada y con el tráfico abierto en todas direcciones.

El bloqueo actual en las relaciones entre Atenas y Skopje tiene fórmulas en realidad muy simples pero que se hacen muy difíciles por razones internas en ambos lados. Las conversaciones en la ONU presididas por Cyrus Vanee, que dieron lugar al compromiso provisional sobre el nombre (único pacto existente entre ambos Estados), previeron que el paso siguiente correspondía al Gobierno de Gligorov y debía consistir en gestos unilaterales sobre los aspectos simbólicos más hirientes para los griegos (la bandera con el “sol” alejandrino, el párrafo de la Constitución que habla de los “macedonios de más allá de las fronteras”, etcétera). La precariedad del clima interno en REY-Macedonia, junto con los problemas crecientes con la comunidad albanesa, aconsejaron a Gligorov no hacer las previstas concesiones para no regalar a sus opositores internos arma arrojadiza alguna. El Gobierno de Papandreu, por su parte, que había previsto capitalizar esos gestos para compensar su radicalismo verbal en la campaña electoral, se ha visto atrapado por éste. El nerviosismo siguiente ha conducido a las medidas de bloqueo económico condenadas en Europa en grado suficiente para debilitar la posición general de Atenas, pero insuficientes para otorgar un triunfo diplomático a Skopje. De momento prevalecen las terquedades recíprocas que encuentran refugio en factores internacionales. Papandreu ha compensado su debilidad en Europa reforzando sus relaciones en Washington, mientras Gligorov obtiene indicaciones de respaldo por parte de Moscú. Descartada la opción bélica en la intención de los actores principales (otra cosa son los agravamientos imprevistos en una situación tan inestable), aceptada de hecho por la élite política griega la existencia de la REY-Macedonia en sus fronteras posyugoslavas, el conflicto es políticamente fácil de resolver y requiere de tiempo o quizás de la acción coordinada de EE UU y Rusia (poco pinta aquí Europa, desgraciadamente).

Bulgaria y Albania

Bulgaria fue el primer país en reconocer a las cuatro repúblicas ex jugoslavas que proclamaron su independencia, inmediatamente después de que la CE reconociera sólo a Croacia y a Eslovenia. La desintegración del Estado titista coincidía con el establecimiento del régimen democrático en Sofía encabezado por el presidente Jelev. La Bulgaria democrática se apresuró a alinearse con un Occidente del que buscaba la homologación, satisfaciendo a la vez dos impulsos naturales en la mentalidad búlgara: el recelo hacia los serbios enemigos de las guerras de este siglo, y las pretensiones sobre una REY-Macedonia que se considera propia, como ya se ha explicado. Los búlgaros son eslavófonos pero no plenamente eslavos ya que, al parecer, los protobúlgaros eran tribus túrquicas o huno-altáicas procedentes de estepas más orientales que las tribus propiamente eslavas, que llegaron a los Balcanes a través de Ucrania y el mar Negro y no a través de Europa central. A pesar de largos siglos medievales de asimilación lingüística y religiosa, mantienen rasgos diferenciales respecto de los pueblos eslavos propiamente dichos, en especial en lo relativo a la actitud hacia el Imperio Otomano y hacia Turquía, no sintiendo hacia esa herencia la misma revulsión que serbios y griegos ya que tampoco sufrieron el imperio con las mismas dosis de残酷, sin que ello signifique que estuvieran exentos de represión. Ello ha facilitado la situación de la minoría turca en términos de integración en el sistema democrático, aunque la tensión étnica y religiosa con unos musulmanes que se sitúan en torno al 15 por cien, permanece.

Las relaciones de Jelev con Turquía constituyeron en su momento un verdadero giro copernicano de la política exterior búlgara, progringa con el presidente comunista Jivkov en función de los intereses del Pacto de Varsovia. La crisis de Chipre había supuesto la reanudación de relaciones entre Moscú y Atenas, inexistentes desde el fin de la Segunda Guerra mundial y como consecuencia de la participación indirecta de la URSS en la guerra civil. En un contexto de aislamiento del régimen militar de Ankara, la URSS apoyó la causa greco-chipriota adivinando las contradicciones que ello supondría para la OTAN. Efectivamente, una consecuencia fue que Grecia y Bulgaria desarrollaran relaciones de cooperación, incluido el ámbito militar, a pesar de pertenecer a alianzas contrapuestas. En ese contexto, el PC búlgaro intentó en sus últimos años la "bulgarización" forzada de su minoría turca. Desaparecida toda subordinación a la perspectiva de Moscú, Sofía se orienta hacia una Turquía que se presenta como potencia emergente, ganadora indirecta de la guerra fría, y que parece además concitar la atención prioritaria por parte de la diplomacia de Washington. Bulgaria se ve perjudicada por las sanciones a Serbia y Montenegro y vive con contrariedad el hecho de no recibir compensaciones de la CE. Una queja muy extendida hacia Europa en Sofía es la discriminación que, dicen, se hace entre las sociedades poscomunistas según sean católicas u ortodoxas. Los búlgaros se ven defraudados en su vocación europeísta y occidentalista. Algunos se interrogan si no fue un error

el reconocimiento de Croacia y Eslovenia que, precisamente, cimentaba ese nuevo “muro” en la Europa central que tiende a excluir al mundo de tradición bizantina. Los apetitos macedónicos, inmediatos fueron más poderosos que la lucidez necesaria para tal perspectiva.

En todo caso, Bulgaria es el país más relajado tanto en los comportamientos de sus gentes como en las actitudes políticas de su élite, y el que menos tensiones genera en toda la región. La normalidad democrática interna, junto a la inexistencia de grandes litigios con sus vecinos, la hacen candidata a ser un factor estabilizador. El cambio de gobierno de 1993 parece comportar una inclinación equilibradora en la política exterior. El nuevo primer ministro ha hecho gestos a Serbia y Grecia sin disminuir sus compromisos con Turquía. Jelev ha sido explícito en varias manifestaciones recientes en su rechazo a los “ejes” históricos y su preferencia por instrumentos multilaterales, declaración significativa por haberse omitido en 1991 y 1992.

Albania se halla absorbida por los problemas internos del país, con mucho el más pobre de Europa. Del férreo y proverbial aislamiento ha pasado a una apertura caótica que muchos denuncian excesiva en su brusquedad. El presidente Berisha y su Partido Democrático, ganadores absolutos de la primera consulta verdaderamente libre en toda la historia de Albania, han abrazado las recomendaciones de los expertos financieros internacionales y aplicado radicalmente la llamada “terapia de choque”. Los resultados han sido la normalización macroeconómica y la llegada de algunas inversiones, pero también la paralización de casi todos los sectores industriales y de servicios del viejo régimen que, aunque primitivamente, funcionaban. El Gobierno reivindica los resultados positivos, mientras una oposición crecida e irritada denuncia el coste, considerado intolerable (desempleo masivo, éxodo). La vida política de Tirana está muy dividida y polarizada no sólo por las cuestiones económicas sino por los debates acerca de la democratización, sufriendo el presidente críticas lacerantes por el supuesto autocratismo que le empuja a encarcelar o amenazar a dirigentes de la oposición (según el Gobierno, acusados de corrupción en el régimen anterior; según la oposición misma, como forma de intimidación). En ese contexto, la política exterior no es la prioridad que viven los albaneses, si no es para polarizar acusaciones mutuas entre las fuerzas políticas. Esa interiorización no impide que los albaneses sean unánimes en sus sentimientos hacia Kosovo y Macedonia, en sus aspiraciones morales a la “reunificación de la nación albanesa” y en su hostilidad hacia Serbia, aunque no en la medida de los kosovares. Pero prevalece el realismo prudente sobre cualquier espíritu de aventura, hasta el punto que Berisha ha sido acusado de “traidor” por los sectores del nacionalismo kosovar cuando, en la sede de la OTAN en Bruselas, se pronunció contra cualquier cambio de fronteras con Yugoslavia.

Berisha, cuya elección fue abiertamente apoyada por el embajador estadounidense, goza de relaciones relativamente privilegiadas con Washington, sin excluirse aspectos de cooperación militar como el posible establecimiento de bases aeronavales en el estrecho de Otranto. En Tira-

na se han hecho habituales las misiones militares de EE UU y de la OTAN en proporción mayor que las inversiones económicas que los locales esperaban. La oposición ha llegado a emplear la expresión “república bananera” para definir el tipo de trato recibido en unas relaciones que de todos modos no cuestionan. Mayores reticencias ha despertado la orientación islámica de la proyección exterior de Berisha, cuyas motivaciones no son seguramente ajena a la búsqueda de fondos para paliar la angustiosa situación de Albania. Albania es miembro de la Conferencia Islámica por decisión personal de su presidente que viajó a Jeddah (Arabia Saudí) a principios de este año sin previa consulta al parlamento, y entre protestas de parte del mismo. Menos controvertida es la intensa relación con Turquía que es política y no confesional. El islamismo no encaja en el carácter multirreligioso y parcialmente multiétnico de Albania. En el Norte, y por influencia histórica veneciana, se profesa la religión católica. En el Sur, hay albaneses ortodoxos y una significativa minoría grecófona que constituye objeto de especial sensibilidad por parte de Grecia.

Los griegos denominan Epiro Septentrional a la Albania del Sur, territorio en todo caso objeto de disputa y diversos cambios de soberanía desde la independencia de Grecia. La adhesión a la Conferencia Islámica se ha visto seguida del deterioro de relaciones entre Tirana y la minoría grecófona y luego con Atenas, produciéndose en el verano de 1993 una escalada de acontecimientos, que incluyeron la expulsión de Albania de sacerdotes griegos ortodoxos y la devolución forzada de miles de emigrantes albaneses ilegales. Las relaciones de Tirana con la REY-Macedonia se han enfriado en la misma medida que los acontecimientos citados coinciden con una leve distensión entre Skopje y Atenas. Merecen ser mencionadas las relaciones entre Albania e Italia, el país comunitario que más ha ayudado a Tirana, aunque también es el que mayores recelos suscita por ser antigua potencia colonial que dejó mal recuerdo. La inclinación intensa de Berisha por Washington ha apartado por ahora las pretensiones italianas de ejercer una influencia política al otro lado del Adriático basándose en una estrategia de cooperación para el desarrollo.

El poscomunismo y la desintegración yugoslava se insertan de lleno en un viejo conflicto que ha mantenido la tensión prácticamente ininterrumpida durante todo el siglo en el sur de los Balcanes y en el mar Egeo. La animadversión entre Grecia y Turquía es del mismo tipo que la que hemos presenciado entre serbios y croatas, ya que resulta de las contradicciones en la formación de los respectivos Estados nacionales al desintegrarse el multinacional Imperio Otomano. Las guerras de independencia de Grecia fueron seguidas de intentos helénicos de establecer su soberanía en las regiones de Anatolia donde habitaban los griegos, así como de disputas fronterizas en la región del Bósforo, al este de Salónica y en distintas islas y archipiélagos del Egeo. Grecia y Turquía están prácticamente en guerra desde 1821 hasta 1922. La crisis de Chipre puede ser interpretada como una manifestación tardía de ese ciclo. Ambos Estados sienten necesidad de la homogeneización para legitimarse, a la vez que para superar la difícil convivencia entre dos comunidades enemistadas por la

citada sucesión de enfrentamientos. En los años veinte, la Sociedad de Naciones establece un arbitraje para el intercambio de poblaciones entre ambos Estados. Cientos de miles de griegos son trasladados desde Anatolia o Estambul, y otros tantos turcos hacen el viaje inverso desde las islas o desde Salónica y su región. Aún hoy hay litigios acerca de los bienes, propiedades y herencias de los griegos de Estambul, que se suman a los problemas religiosos (culto de los musulmanes en Grecia, atribuciones del patriarca de Constantinopla) y a los tres contenciosos territoriales abiertos: la cuestión chipriota, la ocupación de las islas Imrros y Tenedos en los Dardanelos, y la cuestión de soberanía sobre las aguas territoriales en el mar Egeo.

Por encima de todas esas controversias, se plantea una pugna geoes-tratégica por el predominio en el Mediterráneo oriental y en la proyección europea hacia Oriente Próximo. Por ello, Grecia se opuso encarnizadamente a que la CE aceptara a Turquía como Estado miembro cuando podía haber puesto condiciones concretas que mejoraran su posición en los contenciosos bilaterales. Aquel voto griego puede que haya constituido un tremendo error de Atenas, habida cuenta de las implicaciones posteriores. Ankara, decepcionada en su vocación europeísta, se ha deslizado hacia el intento de formar su propio espacio de influencias, ocupando los vacíos dejados tanto por el colapso de la URSS en Asia central y el Cáucaso como por la desintegración de Yugoslavia en los Balcanes.

Siendo Teherán la alternativa, y confirmadas por parte turca tanto la laicidad oficial como la apertura democrática y el inicio de la modernización económica, Washington opta a partir de 1991 por Ankara como aliado prioritario en la región. Atenas pierde posiciones no ya sólo ante EE UU, sino en una CE en la que el voto macedónico ha levantado ronchas. Tanto es así que una Grecia que gozaba de privilegios por su posición estratégica combinada con su lealtad ánticomunista, se ve abocada a un cierto aislamiento por parte de Occidente. Surgen incluso voces en la CE de tono claramente antigriego que olvidan que, con sus defectos, Grecia es la democracia más sólida y más europeísta de toda la región balcánica. En la propia Grecia, la contrariedad ha sido palpable, y las reacciones políticas también: apoyo a Serbia sólo limitado por el cumplimiento de los trámites derivados de las resoluciones de la ONU. Serbia es el freno al pánico griego de verse rodeada por una horquilla musulmana o de obediencia a Ankara. Por otra parte, las iniciativas y declaraciones de Ozal, manifiestamente hostiles tanto hacia Serbia como hacia Grecia, proponiendo formas de cooperación militar y política a todas las entidades del entorno griego y serbio, no hicieron sino precipitar rabiosamente la militancia de Atenas en la idea de recomponer un “espacio bizantino” en los Balcanes, esto es, la cooperación de los Estados ni musulmanes ni católico-germánicos, eje que al norte de Serbia se prolongaría a través de Rumania hasta la propia Rusia. No es casual que la visita de Yeltsin a Atenas estuviera seguida de la firma de un tratado de cooperación militar que el propio ministro Kozirev no tuvo reparos en calificar de “relevante dada la pertenencia de Grecia a la OTAN”. No hay que olvidar que Grecia ya abandonó una vez la estructura militar de la

organización atlántica en 1974, cuando no consiguió que Turquía fuera expulsada por la invasión de Chipre. Cobran actualidad las palabras del historiador indiscutible del Mediterráneo, Ferdinand Braudel: "No debe olvidarse que además del occidental y el islámico, el Mediterráneo tiene un tercer factor civilizador, el mundo greco-ortodoxo y bizantino".

El presidente Demirel ha enfriado las iniciativas balcánicas de su predecesor. Ozal quiso establecer un mecanismo para concretar lo que creyó era una oportunidad histórica única de recuperar la influencia perdida en Europa, a través del "protectorado" sobre las poblaciones musulmanas de los Balcanes. La política balcánica de Ozal coincidió con el aparente éxito de las apuestas iniciales en el Cáucaso, y todo ello en armonía con el establecimiento militar turco que podía, así, encontrar otras ocupaciones que su interferencia en la política nacional. La revisión posterior de Demirel es consecuencia de la no intervención internacional en Bosnia, del fracaso azerí-turco ante Armenia y de las complicaciones simultáneas en Kurdistán. Demirel frena una acción exterior que podía implicar una escalada militarista desactivadora, a la postre, de la modernización y del crecimiento económico. Demirel opta por la estrategia de hacer de Turquía una potencia económico-social y no hegemónico-militar.

La victoria del Pasok en Grecia puede aportar nuevos datos a este juego de intereses; fue Papandreu quien ya en 1988 desactivó una repentina crisis bilateral viajando de manera imprevista a Ankara. El Gobierno de Papandreu combinará su tradicional propensión al radicalismo verbal con un probable pragmatismo que pudiera conducir a resultados tanto en la cuestión chipriota (antes) como en la macedónica (con más lentitud). La presidencia griega de la UE no ha sido la ocasión para los primeros indicios que los observadores más optimistas indicaban.

Aunque Rumania ha tenido la posición más discreta en la crisis balcánica de estos años, no es ajena a la evolución de una región a la que pertenece y en la que tiene intereses directos en otro conflicto balcánico, en el extremo nororiental de la península, Moldavia. Rumania vive una compleja y controvertida transición poscomunista que no ha conducido aún a la plena estabilidad democrática, lo que se combina con dificultades económicas mayores que las de sus vecinos del Sur, aunque homologables a sus vecinos orientales de Ucrania y Rusia. La interiorización no ha permitido a Rumania desplegar una acción exterior desde la caída de un Ceausescu que "abusó" de la política exterior. Rumania tiene una reticencia profunda con Hungría, Estado al que percibe interfiriéndose en sus asuntos internos y con pretensiones sobre las regiones de Transilvania. El recelo antihúngaro ayuda a la simpatía rumana hacia los serbios, único vecino con el que Bucarest jamás disputó territorio o estuvo en guerra. Pero el contencioso histórico principal lo tiene Rumania con Rusia, y ahora con Ucrania, a propósito de Besarabia (o Moldavia oriental) y Bucovina. Esas regiones, de historia complicada y nada inequívoca, fueron en todo caso anexionadas por Stalin en el pacto Ribbentrop-Molotov, siendo el único vestigio del mismo tras la independencia de las repúblicas bálticas. La formación de una República Soviética de Moldavia uniendo esos territo-

rios a una franja de Ucrania (Transdniester) tuvo el claro objetivo de dificultar su retrocesión eventual a Rumania, provocando efectivamente la guerra civil moldava de 1990-1991 y la consiguiente partición.

En la propia Moldavia ex soviética rumanófona (Besarabia) la simpatía cultural hacia Bucarest no se corresponde con deseos unionistas, prefiriéndose un estatuto independiente que no rompa la vinculación a Rusia y a Ucrania. Claro que está por ver qué ocurriría en caso de conflicto abierto entre estos dos últimos. Rumania, en parte influida por su instinto antirruso, participa con entusiasmo en las estructuras de cooperación del mar Negro promovidas por Turquía. Excelentes relaciones con Serbia, excelentes relaciones con Turquía, combinación única en la región que Rumania reúne sin haber sido explotada convenientemente a beneficio de la mediación.

Alemania inició el juego clientelar en los Balcanes. No obstante, no es justo atribuir sólo a Alemania la responsabilidad de los desencadenamientos posteriores, ya que fue la CE en su conjunto quien tomó las decisiones de reconocer nuevas soberanías, decisiones hoy generalmente aceptadas como erróneas.

El papel de las potencias

En la propia Alemania, y confirmando la salud democrática de ese país, aquella posición empieza a revisarse. Surge la cuestión de si, con independencia de los efectos, tenía sentido la opción estratégica de romper Yugoslavia a beneficio de la *Mittel Europa*. Teniendo en cuenta el número de emigrantes de toda la ex Yugoslavia en los *länders* occidentales, así como el poder del marco como segunda moneda (en Serbia, el desprecio hacia lo germánico en estos meses coexiste sorprendentemente con la adopción sin rubor del marco como moneda real ante la hiperinflación que sufre el diñar), cabe pensar que la influencia de Alemania en toda la región balcánica hubiera sido clara e indiscutida de haber favorecido el equilibrio Inter.yugoslavo. Esa influencia ha quedado ahora enajenada en la mayoría de la región, a cambio de una autoridad enorme en Eslovenia y Croacia. ¿Qué era mejor para Alemania? Parece que lo segundo ha beneficiado más a Austria y al Vaticano que a la propia Alemania. Parece claro que para el conjunto europeo hubiera sido mejor lo primero.

Rusia ha sido una ganadora estratégica de la crisis yugoslava. A pesar de hallarse sumida en sus propias dificultades, ha recuperado parte de la posición que siempre ambicionaron los zares, esto es, protección de Serbia y obligada referencia para otras potencias, sin apenas esfuerzo, ni coste. Prácticamente, un regalo estratégico, lo que confirma el error cometido por Europa. Por su parte, Turquía va a contar más en Europa redescubriendo su conexión política con lo que no son sino los restos de su europeidad histórica, las comunidades musulmanas de nuestro continente.

EE UU, que ya desplegó en el sur de los Balcanes una diplomacia más activa que la europea desde 1988, ha descubierto una vocación de potencia

internacional en el espacio que va del Mediterráneo oriental a Asia central, similar a la clásica del Imperio Británico. Pero surgen a la vez inclinaciones, que desconocíamos, al aislacionismo y al repliegue norteamericanos.

Londres ejerció su papel colonial en contradicción con Turquía mientras EE UU define Turquía como su aliado principal, lo que explica en parte las percepciones contradictorias manifestadas por primera vez en treinta años, a propósito de Yugoslavia, entre ambas potencias atlánticas. Francia, debatiéndose entre la dificultad para encontrar el tono en su papel de segunda potencia europea pero no ya la primera, y su vocación de patria de la libertad y de los derechos humanos, ha vacilado en la crisis balcánica. España, por vez primera ha intervenido en una crisis regional al otro lado del Mediterráneo ¿Serán los *cascos azules* del Neretva una excepción, o el inicio de una proyección mayor?

Un universo católico, occidental y germánico. Un universo ortodoxo, griego, bizantino. Un universo musulmán, de raíz otomana. En palabras de Samuel P. Huntington: “El conflicto entre civilizaciones será la última fase en la evolución del conflicto en el mundo moderno. Los conflictos del sistema internacional moderno que emerge con la paz de Westfalia fueron entre principes, luego entre naciones, luego entre campos ideológicos. En el futuro, no habrá civilización universal, sino un mundo de diferentes civilizaciones que deberán aprender a coexistir unas con otras”.